

PATRIMONIO La ruta de la salud

UN PASEO POR LOS BALNEARIOS TUROLENSES

aquí está



así son

Los balnearios turolenses están enclavados en parajes con un contexto geológico atormentado, en fallas tectónicas, en áreas graníticas con muchas fracturas o en lugares con restos de vulcanismo apaciguado. Pueden situarse en el fondo de un valle o en su parte más elevada, a la orilla de un arroyo o sobre un cerro. Sin embargo, todos estos entornos han sido remodelados por el hombre al crearse puentes, paseos, alamedas, jardines, estanques, balaustradas, quioscos, fuentes y los edificios balneoterápicos y hoteleros propiamente dichos que facilitan la estancia de los bañistas. En cualquier caso, el paisaje siempre es bucólico, ameno, ensoñador, rodeado de vegetación. Y sonoro. Con el efecto relajante que producen las aguas sobre el ánimo y la salud.

los autores

La mayoría de los balnearios turolenses no son suntuosos arquitectónicamente hablando (a excepción de Manzanera y la antigua Fuente de Villel, anterior todavía a la hoy abandonada).

Fueron realizados con escasos recursos y diseñados por maestros de obra o por arquitectos poco conocidos de los que no han quedado sus proyectos.

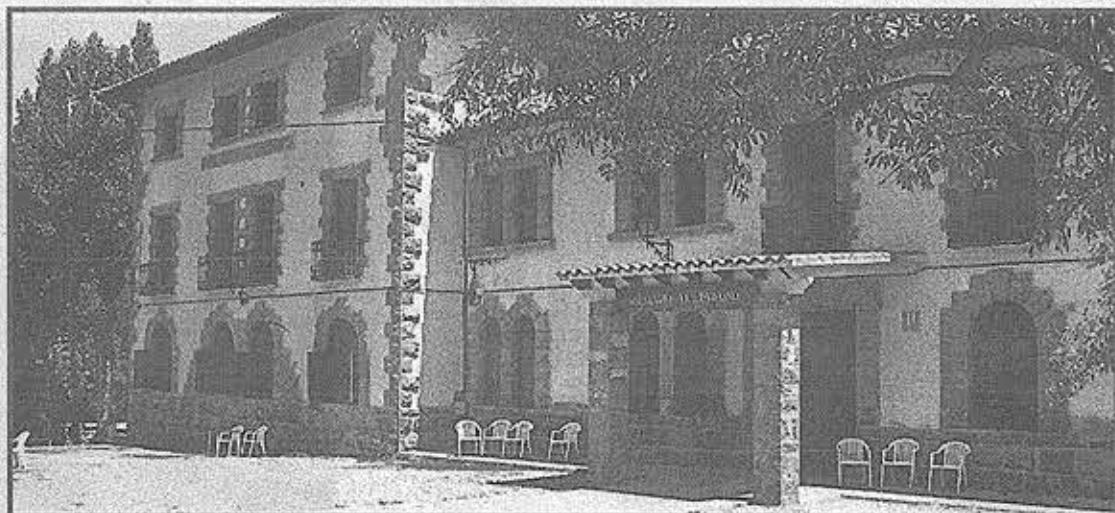
Esto no significa que no se diseñaran espacios singulares en comedores, salas de juego, galería, capillas, proporciones impecables y ornamentación espléndida a base de estucos, yesos, carpinterías o pavimentos.

Pero no destacan sus edificios como otros centros termales españoles e incluso internacionales.

A cambio, gozan de pequeños detalles botánicos, escultóricos o artísticos que otros no tienen. Su creación (salvo en el caso de Segura de Baños, que corrió a cargo del Cabildo de Zaragoza) se debió a la iniciativa privada. Las «Memorias de los Médicos de Baños» permiten apreciar, con todo, las mejoras que se fueron adoptando.

siempre se trata de permanencias largas, relajadas y sin prisas.

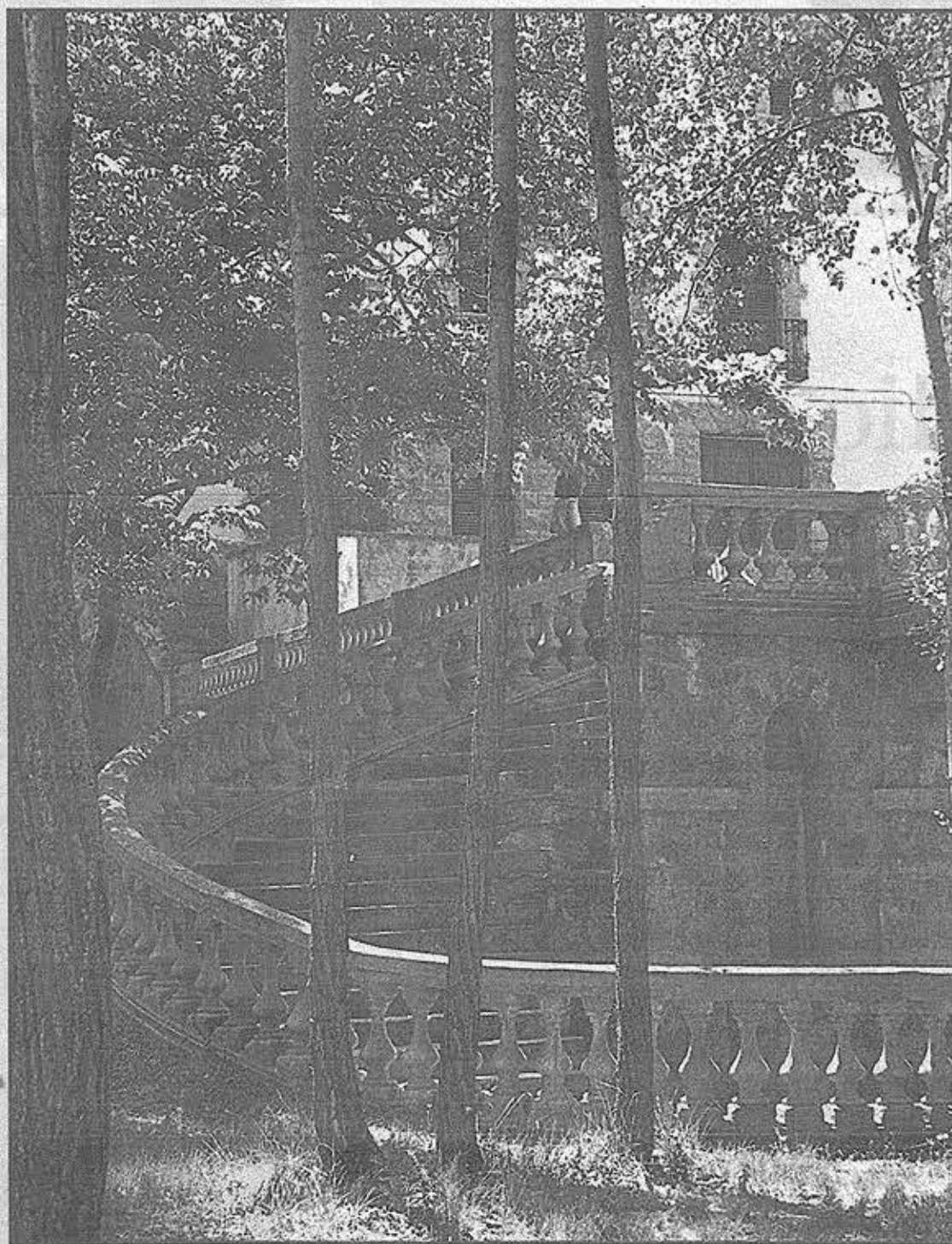
Los nuevos comportamientos sociales intentan compaginar la salud y el ocio de forma que junto a los beneficios ofrecidos por la bondad de las aguas y el silencio durante los días de estancia en los balnearios se pueda disfrutar llevando a cabo excursiones, actividades culturales (charlas psicológicas o artísticas, médicas, o tertulias, lecturas y conciertos), comunicándose entre los demás asistentes (partidas de cartas, baile) o practicando deportes (natación, tenis, bici de montaña, garentogimnasia, senderismo, excursiones por los alrededores, actividades náuticas los que cuentan con lago), etcétera. Porque, al mismo tiempo, se registra un in-



A la izquierda y abajo, dos imágenes del balneario de Manzanera, en Teruel, que muestran la arquitectura de recreo y monumental (una magnífica escalera) típica de estos establecimientos

por qué nacieron

Todos los tiempos tienen sus modas. Y las del siglo XIX arrastraron a una burguesía y a una aristocracia que seguía a la monarquía a «tomar las aguas» a los balnearios más afamados de España. Durante varios lustros así fue hasta que los reyes decidieron bañarse en las aguas de San Sebastián o Santander. A partir de entonces empezó la decadencia de los establecimientos termales. Pero los balnearios, obviamente, surgieron allí donde brotaban unas aguas cuya observación empírica permitió demostrar que curaban ciertos padecimientos. La mejora se producía sobre animales (vacas ruines que cada día bajaban puntualmente a chapuzarse en charcas concretas hasta que sanaban) o sobre personas (el padre Seleres es el primer usuario de las aguas de Segura de Baños aquejado de dolencias reumáticas). Conocidas las virtudes en la contornada se extendían más lejos sus efectos. La fe hacía todo lo demás. Después se analizaron las aguas y se agruparon en dos clases: las que se beben y «pasean» (de ahí la importancia de los jardines y alamedas) y las que se toman en forma de baño y «sudan». Las primeras: en Camarena de la Sierra, Villel y Manzanera; las segundas, en Segura de Baños, Teruel y Manzanera.



Abajo, a la izquierda, el balneario de Camarena de la Sierra, situado en un lugar aislado, de gran belleza. Derecha, el balneario El Paraíso, de Manzanera

APUDEPA

Los balnearios turolenses, exceptuando el caso de Manzanera y el de Villel, presentan una arquitectura en la que se superponen unos elementos constructivos a otros que no responden a un proyecto unitario, sino que van surgiendo edificios o módulos a medida que van produciéndose las necesidades (el ejemplo más evidente es el de Segura de Baños).

No son, como hemos dicho, edificaciones relevantes. Salvo la escalinata de Manzanera o la forja de la fuente de Villel, no llegan a ser ni siquiera un reflejo provinciano de otros centros termales próximos: La Isabela, en Sacedón, o los Baños de Trillo (Guadalajara); los afamados de Solán de Cabra (Cuenca), que fueron reales baños y casa hospedería, hoy remodelados; o Las Arenas, junto a Valencia. Tampoco se tomaron como modelo los hermosos edificios de Alhama de Aragón, Fonte, Paracuellos de Jiloca (Zaragoza) o Panticosa (Huesca). Pero cuentan con otros valores:

Por ejemplo, presentan una situación privilegiada: se alzan sobre lugares aislados de gran belleza (Camarena, Manzanera, Segura de Baños), o junto a corrientes de agua y rodeado de huertas (Teruel) o casi inmediatos al propio centro urbano (Villel).

Poseen unos interiores que si bien no son lujosos, son, en cambio, dignos, con ambientes decadentes pero cálidos, siempre dentro de las condiciones higiénicas que requieren estas instalaciones (salvo los que yacen por el suelo -Teruel, Villel-). Distribuyen los espacios de acuerdo con las actividades públicas colectivas, pero gozando al mismo tiempo de la privacidad propia de unos lugares de descanso. Y han sabido mantener, precisamente, ese ambiente que los caracteriza: calma, tranquilidad, comodidad, sociabilidad y ritmos pausados, que si bien los acerca a la idea que pudiéramos tener de un hotel, los distancia de los ajetreos turísticos porque en balneoterapia casi



Muy mal gesto puso Bringas cuando el médico agregó a esto la indicación de tomar las aguas de Cestona. Hubo aquello de «patraña; en otros tiempos nadie tomaba baños, y moría menos gente», y lo de «los baños son un pretexto para gastar dinero (...). A lo que el viejo galeno contestó con una apología de la medicación hidropática. (La de Bringas. B. Pérez Galdós. 1884). Los tiempos cambian, y en los balnearios se descansa.

terés creciente por volver hacia una medicina natural. Todo ello ha permitido llegar a un acuerdo institucional de tal manera que el programa de termalismo social se haya concertado entre el Instituto Nacional de Servicios Sociales (INSERSO) y la Asociación Nacional de Estaciones Termales (ANET). Teruel también ha quedado incluido en este programa de termalismo. Y desde 1992 se ha puesto en marcha un termalismo infantil a través de diferentes convenios con colegios: durante una semana se previene a los más pequeños de posibles gripes, catarros o anginas. Ya no es una aventura llegar a estos establecimientos. Bañistas del siglo XIX se lamentaban de los vuelcos de los carros y las lar-

gas travesías a caballo desde la estación ferroviaria más próxima, ya que además de soportar estos miedos, cargaban con su enfermedad. Hoy los medios de comunicación (tanto vehículos como carreteras, teléfonos o el fax) dan seguridad y comodidad a los viajes. Las estancias son agradables y la calidad-precio de los servicios muy arreglada. ¿Podrá volver a abrirse el balneario de Segura de Baños? ¿Se reconstruirán los afamados Baños de la Huerta Nueva de Teruel? ¿Qué se hará con Villel? Afortunadamente, los balnearios de Camarena de la Sierra y Manzanera gozan de buena salud.